

2.1. La conquista.

Según los textos romanos, Octavio Augusto se vio obligado a someter a estos pueblos debido a sus continuos ataques y saqueos contra sus vecinos autrigones, turmodigos y vacceos, pueblos ya sometidos a Roma. Así lo explica **Orosio**,

En el año setecientos treinta y seis de la fundación de Roma, en el consulado sexto del emperador Augusto César y en el segundo de M. Agripa, Augusto, reconociendo que se había hecho poco en Hispania, a pesar de los doscientos años de dominios, si se consentía que los cántabros y astures, dos pueblos de los más fuertes de Hispania, continuasen rigiéndose por sus propias leyes, abrió las puertas del templo de Jano¹ y él mismo con su ejército se encaminó hacia Hispania.

y también **Floro**:

En Occidente, casi toda Hispania estaba pacificada, excepto la parte al extremo de los Pirineos y que baña el océano citerior. Allí vivían dos pueblos muy importantes, los cántabros y los astures, que no estaban sometidos a nuestro imperio. Fueron los cántabros los primeros y los que más violentamente se sublevaron, pues no contentos con defender su libertad, trataron de dominar a sus vecinos y hostigaban en frecuentes incursiones a los vacceos, turmodigos y autrigones. Por ello, viendo que la situación empeoraba, Cesar no confió a otros esta expedición de la que se encargó él mismo.

Ambos autores² son las referencias básicas para adentrarnos con todo el detalle posible en las guerras cántabras y ambos se basan en la obra de Tito Livio, parcialmente perdida. No vamos a negar desde aquí que los romanos quisieran acabar de una vez por todas con un foco continuo de conflictos que pudiera inclinar a otros pueblos a la revuelta, pero creemos que no menos poderosa podía ser la necesidad de buscar fronteras naturales (en este caso el mar Cantábrico), o el deseo del Cesar de obtener alguna victoria sobre los pueblos bárbaros (piénsese el prestigio de una conquista iniciada dos siglos antes) que hiciese olvidar a los romanos sus cruentas guerras civiles. Por supuesto, sin desdeñar que los romanos tenían conocimiento de la riqueza minera de las regiones cántabras (hierro y plomo) y astures (oro).

Existe una primera serie de conflictos, desde el 36 al 31 a. C., en los que Cayo Norbano, Marcio Filipo, Claudio Pulcro y Calvisio Sabino se declaran vencedores en Hispania, sin que sepamos muy bien contra qué pueblos combaten, aunque podemos sospechar que sea contra cántabros y astures, con la posibilidad de que los vacceos no estuvieran aún completamente dominados.

El comienzo de la gran guerra se toma desde los estudios de Schulten en el 29, con la rebelión de los vacceos, de la que nada sabemos salvo que fueron ayudados por cántabros y astures y derrotados por Estatilio Tauro. Hay varias campañas en el 28 y el 27 de las que apenas sabemos nada tampoco, excepto el nombre de los generales que las dirigen: Cayo Calvisio Sabino y Sexto Apuleyo. Es posible que se tratara de expediciones punitivas de los romanos contra las regiones meridionales del enemigo, que servirían para explorar el territorio y calcular las fuerzas del enemigo antes de la gran campaña de Augusto.

¹ Jano era el dios más antiguo de toda Italia, cuyo culto comienza en la prehistoria. La doble puerta de su templo quedaba siempre abierta cuando había guerra, pero se cerraba en tiempos de paz.

² También los griegos Estrabón y Dion Casio, aunque con mayor parquedad y menor precisión.

Augusto desembarca el año 26 a. C. en Tarraco y, tomando el mando del ejército, se dirige a los territorios del norte. Es precisamente la presencia del Emperador la que hace que esta campaña sea la más célebre de todas y de la que tenemos más escritos. Establece su base de operaciones en Segisama (actual Sasamón, Burgos) y



divide sus ejércitos en tres columnas que envolvieron Cantabria. La oriental avanzó por la calzada desde Pisoraca (Herrera de Pisuerga) hacia Portus Samanum (Castro Urdiales) y hacia el interior de Cantabria. La occidental avanzaría por Riaño hasta Liébana. La columna central tomó las grandes fortalezas del sur de Cantabria, comenzando por Peña Amaya y Monte Bernorio.

Esta división en columnas del ejército romano ha provocado una multitud de interpretaciones divergentes, según los autores que se han ocupado del tema, que resumimos a continuación.

1. Magie cree que el ataque partió de Segisama, desde donde salen las diferentes columnas:
 - a) la columna oriental se dirigió a través de la Bureba hacia Pompaelo (Pamplona) para atacar Aracellium, a pesar de que ninguna fuente menciona a los vascones en esta guerra.
 - b) la columna central atacaría por el Pisuerga, llegando a Uellica-Bergida-Bergidum, donde los cántabros fueron derrotados.
 - c) la columna occidental avanzó en dirección a Asturica, sitiando a los astures en el Medullius, junto al Sil, pese a que las fuentes dicen claramente que esta batalla se libra contra los cántabros.
2. Syme también parte de Segisama y explica sus tres columnas:
 - a) occidental: entra en los Picos de Europa por el Puerto de Pajares.
 - b) central: dirigida por Augusto, sube por el Pisuerga al centro del territorio cántabro.
 - c) oriental: bordea el territorio fronterizo entre cántabros y autrigones y sale al Portus Samanum.
3. Schulten imaginó (sin ningún fundamento) que los romanos llamaban Cantabria a todo el norte de Hispania, por lo que la guerra se desarrolló, según su opinión, contra cántabros, astures y galaicos (a los que sin embargo nadie menciona en las fuentes conservadas, considerándolos sometidos en las campañas de César en el 61-60 a. C.) Así:
 - a) oriental: desde Segisama Augusto se dirige contra los cántabros y Aracillum .
 - b) central: partió de Asturica contra los astures, atacando la ciudad de Bergidum-Uellica-Bergida (en el Bierzo según él, pese a que las fuentes dicen claramente que estos

hechos sucedieron entre los cántabros), de donde escaparon al Uindius, donde murieron de hambre.

- c) oriental: Carisio ataca desde Bracara a los galaicos y les sitia en el Medullius.
4. Echegaray propone que el ataque parte de Segisamo, pero no se divide en tres columnas hasta alcanzar Villadiego:
- a) la columna occidental iría hacia Liébana por Crémenes.
 - b) la central atacaría la región de Amaya y Aracillum.
 - c) la oriental bordearía la frontera entre cántabros y autrigones y alcanzaría Portus Samanum en la costa.
5. Para Solana el ataque es de una sola columna. Augusto y Antistio avanzan hacia Amaya, atacan Monte Bernorio, y desde Aguilar de Campoo se dirigen hacia Mataporquera y Brañosa, donde serían derrotados los vellicos, que escaparían al cercano Uindius. Por último alcanzan Aracillum, que resiste y obliga a traer refuerzos de Aquitania.
6. Eutimio Martino sigue la idea de las tres columnas:
- a) oriental: mandada por Antisio, quien desde Segisama remonta el Pisuerga y alcanza Aracillum donde tienen que llegar refuerzos de Aquitania desembarcados en la costa. Estos refuerzos subirían por el Pas, Besaya y Saja.
 - b) central: al mando de Augusto, remonta el Valdavia, sigue por el Carrión y alcanza Liébana.
 - c) occidental: seguramente al mando de Carisio, sube por el Cea hacia los Picos de Europa.

Sea como fuere (todas las teorías son prácticamente indemostrables por el momento), parece de todo punto lógico que una de las tres columnas penetrara en Cantabria subiendo desde Riaño, pues viniendo desde la meseta es la forma más rápida y natural de abrazar Cantabria por el occidente. Nos quedamos, pues, con el dato de que es muy posible que una de las columnas de romanos que conquistaron Cantabria pasara por el mismo sitio que hoy ocupa Barniedo.

Es muy probable también que el dispositivo romano de tres columnas, una de ellas dirigida por Augusto, fracasara en cuanto se internó en las áreas montañosas de Cantabria, al dejar atrás las regiones de transición a la meseta como Campoo, La Lora, cañones del Ebro, Guardo y Riaño. Como dice Dión Casio, los cántabros, en su mayoría infantes ligeros, evitaban el combate directo y hostigaban cada movimiento romano mediante golpes de mano y emboscadas, favorecidos por el medio geográfico, muy montañoso y cubierto de bosques; llegaron a dificultar el aprovisionamiento romano de tal manera con sus correrías que se vieron obligados a traer el cereal desde Aquitania, con enormes dificultades y llegando casi a la hambruna. Octavio Augusto tuvo que detener su ofensiva y acuartelarse durante un largo período, lo que propició una molesta plaga de ratas en su campamento, para cuya erradicación tuvo que establecer un concurso de caza, con premios para los mejores cazadores según hemos visto en el texto de Estrabón sobre los cántabros.

Tuvo que enfrentarse, además, a un hábil caudillo cántabro, Corocotta³, por quien ofreció una recompensa de 250.000 sestercios, la renta anual exigida a un caballero romano, con la esperanza de que los propios cántabros le asesinasen. El desenlace fue inesperado: Corocotta se presentó en persona a cobrar la recompensa, que según las fuentes romanas no sólo cobró, sino que además quedó libre, lo cual es bastante sorprendente conociendo a Octavio Augusto, un hombre cruel y despiadado con sus rivales políticos. Como remate, durante un paseo en litera, un rayo mató a uno de sus esclavos, lo cual terminó por desquiciar los nervios del emperador, tras lo que optó por

³ Nada se sabe de Corocotta, pero es claro que dada la importancia de la recompensa y las menciones de las fuentes, hubo de ser un caudillo importante que quizá imprimió entre los cántabros cierto espíritu de grupo del que carecían hasta entonces.

retirarse a Tarraco. Su salud, siempre precaria, había empeorado tanto que en Roma llegó a decirse que había muerto.

La campaña queda en manos de Antistio, quien tenía experiencia en guerras de montaña (poco antes había derrotado a los salasos en los Alpes). Probablemente reunió a las tres columnas en una sola y se dirigió al oeste, derrotando a los cántabros junto a la ciudad de Uellica-Bergida-Bergidum⁴, donde los indígenas, ante la profundidad del avance romano, se vieron obligados a presentar batalla protegidos por la cercanía de la ciudad. Pero no consiguieron romper las líneas romanas.

Los guerreros escaparon al Mons Uindius, mientras la ciudad caía. Los romanos dicen que los cántabros refugiados en el Uindius se jactaban de que antes subirían allí las aguas del océano que las legiones romanas.

Según los historiadores, los guerreros perecieron de hambre en las montañas, algo inconcebible: si este Uindius eran los Picos de Europa, como parece seguro, los romanos habrían necesitado una cantidad ingente de tropas para evitar la huída de unos pastores guerreros que conocían perfectamente el territorio. Podría, sin embargo, tratarse de una montaña, y no de toda la cordillera, lo que haría posible tal cerco.

Desde allí, Antistio se dirigió hacia el oriente de Cantabria, empujando a los cántabros hasta el castro de Aracelium⁵.

Sobre un monte llamado Cildá, Eduardo Peralta Labrador y Federico Fernández Fernández han descubierto un enorme campamento romano, de casi treinta hectáreas, compuesto por varios recintos defensivos con capacidad para dos legiones completas y sus correspondientes auxiliares; hay además otro pequeño campamento, para una cohorte o un ala, en Cueto Helguera, sobre el valle de Iguña. Estos dos campamentos se hallan cada uno a entre dos y tres kilómetros del castro de la Espina del Gallego. De esta manera, el castro quedó rodeado por el sur y el oeste, siendo el este cantiles prácticamente inaccesibles. El norte quedaba fuera del alcance romano, por lo que Aracelium pudo resistir y lo hizo con tal firmeza que fueron necesarias tropas de refuerzo procedentes de Aquitania, que desembarcaron en el mejor puerto natural del Cantábrico, la bahía de Santander, el Portus Victoriae Iulobrigensium posterior a la conquista.

Tras la toma de Aracelium, ya en el año 25, Antistio avanzó hacia la región costera, aún más boscosa que el interior, sometida tras duras y penosas batallas, según las noticias dadas por los historiadores romanos. Después de esto la guerra contra los cántabros quedó prácticamente finalizada, pero aún quedaban los astures.

Durante el año 26 Carisio había tomado el control de la mayor parte del territorio meseteño de los astures, impidiendo así cualquier intento de ayuda a los cántabros o de operaciones conjuntas. Sus tres legiones se hallaban acampadas en Asturica Augusta (Astorga, la VI Uicitrix), en Peteonium (Rosino de Vidriales, Zamora, la X Gemina), desconociéndose el lugar del campamento de la última, la V Alauda. En los últimos días del invierno del 25, los astures se reunieron en un gran ejército y avanzaron en tres columnas para atacar los campamentos por sorpresa, pero los brigaecinos⁶ avisaron a los romanos y Carisio acudió con su ejército y les sorprendió junto al Astura (el Esla o el Órbigo). Los astures fueron derrotados en una feroz batalla, con grandes bajas por cada bando.

⁴ La ubicación de esta ciudad (a la que Orosio denomina Attica) sigue siendo una incógnita. Las principales teorías apuntan a situarla bien en el monte Cildá (Olleros de Pisuegra, Palencia), bien en los Llanos de Valberga (entre Burón y Liegos), e incluso en algún lugar de El Bierzo, lo que parece exagerado por lo alejado del escenario de la contienda.

⁵ Muchos autores identifican Aracelium con el actual Aradillos (Cantabria), aunque la moderna hipótesis que exponemos de Peralta Labrador identificándolo con el castro de la Espina del Gallego parece muy fundamentada.

⁶ Los brigaecinos eran también astures y habitaban en las cercanías de Benavente. Quizá actuaron movidos por venganza, pues sufrían incursiones de los astures del norte.

Los supervivientes se refugiaron en Lancia (Villasabariego, León) y durante un tiempo resistieron con valor, para terminar rindiéndose. Carisio, que quería conservarla intacta como homenaje a su victoria, apenas consiguió evitar que sus legionarios la incendiasen. Con la toma de otras poblaciones astures acabó por el momento la guerra contra los norteños.

Augusto regresó a Cantabria y ordenó a los indígenas abandonar los castros y vivir en los campamentos militares o en los valles, tomó rehenes y vendió a los prisioneros. A continuación hizo lo mismo entre los astures. Con los veteranos fundó las ciudades de Emerita Augusta y Caesar Augusta, y les repartió tierras en diferentes lugares de Hispania. De regreso a Roma, en el 24, ordenó cerrar las puertas del templo de Jano, regaló a los romanos 400 sestercios, y en un gesto de falsa modestia, rechazó el triunfo para no irritar a sus adversarios políticos.

Pero ese mismo año, el 24, los cántabros y astures, de común acuerdo, engañaron a Lucio Emilio, legado de la Tarraconense, con la promesa de entregar trigo para sus legiones. Dión Casio no da cifras, pero por la importancia de la emboscada, debemos suponer que serían varias cohortes legionarias o auxiliares las que cayeron en la trampa: llevados a un lugar apartado, cántabros y astures les atacaron y mataron a todos los soldados. Lucio Emilio y Carisio reaccionaron con rapidez y contundencia: en poco tiempo arrasaron los campos indígenas, quemaron algunas ciudades y cortaron las manos de los guerreros que caían prisioneros.

Del año 23 no hay ninguna noticia, aunque sin duda por los montes y bosques vagaban bandas de guerreros huidos que hostigarían en la medida de lo posible al invasor.

En el año 22, los astures se sublevaron contra Carisio, hartos de su arbitrariedad y crueldad. Los cántabros tenían un nuevo legado, Cayo Furnio, que parecía torpe e inexperto, por lo que no tardaron en secundarles. Pero Furnio tenía experiencia en la guerra de montaña y no tardó en derrotar a los cántabros, que tuvieron que refugiarse en el monte Medulio⁷, cerca del mar y del río Minio. Furnio lo rodeó con un foso de 15 millas (unos 23 kilómetros), y después de un asedio que los cántabros no pudieron romper, atacó por todos lados a la vez. Siendo ya imposible la resistencia, los cántabros celebraron un último banquete, tras lo cual acudieron al suicidio masivo, ingiriendo veneno extraído del tejo, arrojándose al fuego o matándose entre ellos, de tal modo que Furnio apenas hizo prisioneros. Los astures en cambio habían sorprendido a Carisio, que estuvo a punto de ser derrotado. Furnio acudió en su ayuda, y encontró a los astures asediando algún campamento romano, de donde les expulsó y más tarde volvió a derrotarles en una nueva batalla campal, con lo cual se acabó definitivamente la guerra contra los astures.

Los años 21 y 20 transcurren en aparente paz, con la mayoría de los guerreros muertos, mutilados o vendidos como esclavos lejos de su patria, o escondidos en las montañas.

Pero en el 19, estos esclavos asesinaron a sus dueños y llegaron a Cantabria, sublevando al resto de la población. Fortificaron algunos montes y asaltaron las guarniciones romanas, de las cuales muchas consistirían en pequeños barracones de vigilancia para un par de centurias, como el que dejaron en Aracelium tras su conquista, lo cual las hacía extremadamente vulnerables. El nuevo legado, Publio Silio Nerva, un militar prestigioso, intentó reprimir la revuelta, pero la desesperación y fanatismo con el

⁷ Probablemente situado en el Bierzo, cerca de Las Médulas.

que luchaban los cántabros le hizo sufrir una serie de reveses militares, como la derrota y pérdida del águila de la I Augusta⁸.

La sucesión de victorias cántabras propició un clima de derrotismo, cuando no de abierta desobediencia entre los legionarios, muchos de ellos veteranos envejecidos y agotados física y psíquicamente por la duración de las campañas contra los cántabros. Augusto tuvo que recurrir a su yerno y amigo Marco Vipsanio Agripa, el general más prestigioso de Roma. Al llegar a Cantabria, Agripa puso a sus órdenes a Nerva, después tuvo que imponer severos castigos para recuperar la moral de combate de la tropa (como privar a la I Augusta de su nombre por perder el estandarte, o incluso quintar o diezmar la soldada de los legionarios), antes de poder comenzar una campaña que estuvo llena de dificultades y contratiempos, porque los cántabros habían aprendido mucho de los romanos y sabían que era su última oportunidad de recobrar la libertad.

Sin embargo aún tuvieron que sufrir los romanos enormes pérdidas humanas antes de quebrar la resistencia indígena, tras lo que comenzó el genocidio de este pueblo valiente y orgulloso. Agripa no quiso tomar prisioneros, sino que todos los varones en edad militar que conseguí apresar eran crucificados, y cuenta Estrabón que era tal su desprecio al dolor y al sufrimiento, que muchos guerreros murieron en la cruz entonando sus himnos de victoria, pues una victoria era morir como guerreros y hombres libres. El resto de la población sufrió deportaciones, la quema de sus cosechas y la matanza del ganado, con la hambruna consiguiente.

Estrabón, que conoció a muchos veteranos de aquella campaña, recoge anécdotas de extremada violencia: madres que mataban a sus hijos para que no fuesen hechos prisioneros; mujeres que se suicidaban tras matar a sus compañeras de cautiverio; un prisionero que aprovechó la borrachera de sus guardianes para arrojar en la hoguera, evitando una muerte ignominiosa en la cruz; una familia capturada a la que mató, por orden de su padre encadenado, uno de los hijos que estaba libre y había conseguido hacerse con una espada. Tras acabar con la resistencia armada, Agripa requisó las armas, recuperó las insignias capturadas, que depositó a su vuelta a Roma en el templo de Marte, y obligó a la población superviviente a vivir en las llanuras. En Roma rechazó el triunfo que el Senado le había concedido para no ofender a Augusto, que había sido incapaz de lograr la victoria personalmente. Augusto cerró por segunda vez en su mandato las puertas del templo de Jano.

La guerra, sin embargo, no había terminado: inexplicablemente, en el 16, las fuentes romanas dan la noticia de una nueva revuelta cántabra, de la que no sabemos ni su magnitud, ni el tiempo que tardaron en reprimirla. De donde salieron los guerreros, las armas y, sobre todo, los ánimos de los que encabezaron la rebelión es un misterio, pero quizá la matanza de Agripa no fue tan eficaz como se sostiene.

Para vigilar a los nativos quedaron en Asturica Augusta (Astorga) las legiones VI Uictrix y X Gemina, y la IV Macedonica en Cantabria. Ésta última fue sustituida años más tarde por la Legio VII Gemina, con base en la actual ciudad de León a la que, con el tiempo, daría origen.

2.1.1. Los ejércitos.

La base del **ejército romano** era la legión, formada en época de Augusto por unos 5.200 hombres. La legión estaba dividida en 10 cohortes; la primera cohorte estaba

⁸ El águila era el estandarte de la legión y su pérdida a manos del enemigo una de las mayores deshonras en combate.

formada por cinco centurias dobles (800 hombres) y las otras nueve por 6 centurias (480 hombres). Cada centuria estaba formada por 10 *contubernium* de 8 hombres. El *contubernium* era mandado por un decurión y la centuria por un centurión. La legión se acompañaba de un número creciente de auxiliares de infantería y caballería reclutados entre pueblos ya sometidos o aliados. En época de Augusto su número era similar al de legionarios.



Las legiones de César por José I. Lago

El legionario romano estaba equipado de una manera uniforme con una túnica de lana por encima de las rodillas, una loriga de cota de mallas o de escamas que llegaba hasta medio muslo, ceñida por dos cinturones (*cíngula*) en los que se sujetaban el *gladius hispaniense* (espada ancha y corta copiada de los celtíberos), un puñal también de origen hispano, y unas tiras de cuero con refuerzos metálicos. Completaban el armamento ofensivo un par de jabalinas pesadas (*pila*) de origen etrusco.

Como defensa llevaba un gran escudo oblongo copiado de los galos y un casco de bronce también de origen galo, adornado con plumas y crines de caballo. Calzaba unas botas especiales, las *caligae*, con suelas claveteadas. En climas fríos vestían calcetines y pantalones (*braccae*).

En las campañas contra los cántabros participaron las legiones IV Macedonica, I Augusta, II Augusta, IX Hispana, y XX, estas dos últimas quizá fueran los refuerzos desembarcados desde Aquitania. Esto suma unos 26.000 legionarios, con unos 20.000 auxiliares, suponiendo que las unidades estuviesen al completo. Contra los astures lucharon la VI Uictrix, X Gemina y V Alauda, es decir, unos 15.600 hombres y 12.000 auxiliares.

El **ejército indígena**, por el contrario, carecía de la uniformidad y organización del romano; ni siquiera sabemos cuál era el número de sus efectivos, aunque pueden establecerse unos cálculos en base al censo de Plinio, que cifra los astures en unos 240.000, por lo que alrededor de 60.000 serían hombres libres. Lamentablemente no conocemos el censo de los cántabros, pero aplicando la misma densidad de entre 8 y 10 hab./km² podrían ser entre 160.000 y 200.000 habitantes, resultando 40.000 ó 50.000 hombres libres. Este número incluye desde los más jóvenes hasta los ancianos, por lo que el número real de guerreros era con seguridad más reducido.

La mayoría de los cántabros llevaban armamento ligero, principalmente dardos, jabalinas y puñales, y como defensa *caetrae* (escudos cóncavos, redondos y pequeños hechos de cuero, con una parte central de madera donde se colocaba el refuerzo metálico), además de petos y gorros de piel o cuero. También podían llevar espadas de tipo celtibérico o *falcatas*, hachas de una o dos cabezas y lanzas. Los romanos dicen que tenían infantería pesada equipada con corazas de cuero, lino, armaduras de discos o cotas de malla, cascos de bronce y *scutum* (escudo grande redondo o cuadrangular).



Probablemente usarían pantalones, como los galos y celtíberos, y con total seguridad túnicas de lino o lana por encima de las rodillas, además de botas de cuero de media caña. Entre los cántabros tuvo gran importancia la caballería⁹, de la que los romanos tomaron dos maniobras: el *circulus cantabricus*, consistente en galopar contra la formación enemiga arrojando dardos para girar a la derecha antes del choque y repetir la maniobra; y el *ímpetus*, carga frontal y masiva para deshacer las líneas contrarias.

Como hemos visto, el ejército romano que atacó a los cántabros contaría con unos 46.000 efectivos, todos ellos dedicados al combate y con capacidad para reponer las bajas. La guerra podía ser más o menos larga, pero astures y cántabros estaban condenados.

⁹ Se estima una proporción de 1 a 4 frente a 1 a 10 de los romanos.